

62
Delfonso Albores

VIDA

de Sor María Teresa de la S^{ma} Trinidad.

con licencia de la Autoridad Eclesiástica

I^a

PARTE

año

1890

Declaración del autor

Usando con frecuencia, en la relación de esta vida, de las expresiones "hechos admirables, portentosos, milagrosos y de santidad", no pretende dárseles un valor teológico, sino simplemente humano, sujetándolas en todo a la aprobación de la Iglesia y especialmente a los del Papa Urbano VIII.

INTRODUCCION

Entre los numerosos y esclarecidos santos, que la Iglesia venera y a colocado en los altares, hay otros muchos, cuya gloria sobre la tierra no pasa aun del pequeño y reducido círculo de la familia, o de los pobres muros del claustro donde voluntariamente quisieron sepultarse ellas por humildes y escondida que hayan querido pasar la vida, sus mismas virtudes les dan a conocer al mundo, con justa admiración y regocijo del pueblo cristiano.

Reseñar esas vidas preciosas será siempre tarea digna de la gloria de Dios y de bien para la admiración y edificación de las almas.

Con tal motivo no vacilamos, emprender este pequeño ensayo, escribiendo la admirable no menos que portentosa y edificante vida de Sor María Teresa de la Sma. Trinidad Aycinena, carmelita descalza del extinguido convento de Guatemala.

Al pretenderlo, no vamos a historiar la vida de una santa, reconocida como tal por la Iglesia, tratamos tan solo de dar a conocer una criatura singularmente privilegiada por Dios, de una vida tan humilde como dolorosa si bien Dios mismo la condujo por vías excepcionales desde la más temprana edad, y de una manera más patente desde el principio de su vida religiosa hasta el fin de su peregrinación sobre la tierra.

Casi medio siglo corre ya de la época en que ella María Teresa dejó de existir, sin que su dulce y grata memoria haya menguado entre sus contemporáneos reducidos al presente a bien ~~costo~~ número atendido el largo transcurso de los años. Y sin embargo, cuantas veces hemos pasado largas horas pendientes de sus labios escuchando la relación de hechos singularísimos, admirables portentosos de la esclarecida carmelita de Guatemala, son que por

10
15
ch

otra parte hubiéramos podido encontrar una biografía una historia o documentos manuscritos que pudieran corresponder a los deseos siempre crecientes por cuanto dice relación a vida tan preciosa como ejemplar.

Cosa notable. El suelo guatemalteco en época no muy remota ha sido un escogido, variado y abundante jardín de heroicas y raras virtudes, en el que no pocas almas han florecido, dejando después de su muerte exhalar el grato y suavísimo perfume de su ejemplarísima y acendrada piedad. El Venerable Fr. Pedro José de Betancourt, el R. P. Fr. Antonio Marfil de Jesús, el Prebendado Don Diego de Carvajal, el P. D. Francisco de Muños y Luna, el P. D. Diego Delgado y Nájera, Doña Ana María Guerra de Jesús y una multitud de matronas y de religiosas enclaustradas, han sido bastante conocidas por sus heroicas virtudes, y sus vidas divulgadas ya en pequeñas biografías ya en voluminosas historias, dadas en más de una lengua a la prensa. Solo la vida de María Teresa ha permanecido cerrada, veladas sus virtudes ejemplarísimas. Aún más. El pueblo de Guatemala sabe y conoce menos esta rica y admirable presea de santidad de lo que saben y conocen de ella pueblos extranjeros al suelo que la vio nacer y donde pasó toda su vida hasta exhalar el último aliento de su existencia.

No acertábamos a darnos la razón de tan singular contraste, sino al escribir esta precisa vida y hacernos cargo de todos sus pormenores.

Entonces comprendimos, que los admirables senderos por donde el divino esposo Jesús quiso conducir a María Teresa fueron tan singulares, que lo mismo extraordinario y maravilloso como siempre sucede, dio aquí mismo en Guatemala margen a multiplicidad de pareceres, de calificaciones en pro y en contra de los hechos portentosos de la humilde y venturosa carmelita. Dentro del mismo convento no faltaron émulas tenaces, y fue precioso que el Ilmo. /x

Prelado diocesano dictase las providencias más oportunas y diese cuenta a la Santa Sede.

El tribunal supremo de la Iglesia que en tales negocios procede con la mayor cordura y circunspección: que no canoniza a los vivos, antes bien, los prueba de mil maneras; para que aún para la canonización de los santos, no procede por lo regular, sino después de largos años de muertos; y a veces, pasan siglos para que lleguen a dar el fallo definitivo, impuso en orden a las cosas admirables de María Teresa las más rigurosas pruebas al par de la reserva más severa.

Aún más. El último periodo de la vida de María Teresa, cuando la fama de sus admirables virtudes y de los singulares favores que el Señor le hacía, habían volado por todas partes, coincidía precisamente con los grandes acontecimientos que se sucedían por todo el mundo, y muy en particular en la misma América; tales, como la prisión de Pío VII en Roma, el desconocimiento del Fernando VII en España, y el grito de independencia en estos reinos hasta entonces sujetos a la corona. Esos acontecimientos se relacionaban con María Teresa, pues tanto la Santa Sede como el Rey de España conocían de su causa, causa que terminó con aquellos trastornos, si bien aquí mismo se veía amenazada más de cerca. La independencia que obraba un notable cambio en las instituciones sociales, infundía serios temores en las instituciones religiosas.

María Teresa dotada de una penetración y de una previsión nada común, olvidándose de sí misma, hablaba, escribía procurando contener de alguna manera los desastres que presentía.

Todos sus esfuerzos fueron inútiles. El torrente era aquí mismo demasiado impetuoso; y ella misma pobre e indefensa religiosa, permitiéndolo

así la divina providencia, se vio envuelta por la impetuosa corriente de las pasiones revolucionarias.

La política triunfante la consideró adversa, la persiguió hasta en el fondo del claustro, y apenas pudo salvarla la prudente severidad del único director que entonces le quedaba, y que en impuso a las religiosas la más rigurosa reserva y a los fieles el más estricto silencio sobre los anuncios y predicciones de la humilde y fervorosa carmelita.

La amorosa y paternal providencia que vela siempre por los escogidos, salvó admirablemente a María Teresa en aquella época, quizás la más penosa de su vida, de las acechanzas y proyectos incalificables para perderla. Y si por tales motivos llegó a verse relegada a la proscripción y el olvido, ese mismo olvido que ella tanto amaba y apetecía, forman la más rica corona de sus virtudes acrisoladas y no desmentidas.

Y es lo cierto; en el mismo aislamiento e incomunicación a que fue reducida desde el año de 1829, su resignación fue ejemplarísima, su muerte edificante, y el suave olor de sus virtudes y de su santidad trascendió por todas partes. Y mientras que Guatemala guardaba en la reserva sus admirables y portentosos hechos, y apenas podía llorarla después de su muerte con reserva y con temor, en otros países se divulgaban sus virtudes con mucha más amplitud y con más amplios y mejores datos.

Y no sin motivos. El R. P. Fr. Manuel de Jesús Alcántara, provincial del convento de franciscanos de esta ciudad, religioso de grandes luces y de reconocidas virtudes y observancia, que había sido por algunos años director espiritual de María Teresa, se dirigió por el año 1817 a Méjico, con el objeto de hacerse allí, mediante facultades apostólicas, carmelita descalzo, para volver más tarde a fundar el primer convento de carmelitas en Guatemala. Sucesos

inesperados impidieron la realización de este último proyecto al P. Alcántara, más no por eso dejó de conseguir su primer intento, pues logró hacerse carmelita y muy distinguido en los conventos de la orden establecidos en Méjico.

No cabe duda de que ese benemérito sacerdote llevó allá las noticias más importantes y los documentos de más interés sobre los hechos admirables y portentosos de la carmelita de Guatemala tales y como el mismo lo había presenciado de cerca, y que después pudo ir aumentando, debido a la correspondencia que mantenía con no pocos caballeros distinguidos de esta sociedad. Lo cierto es, que a su muerte ocurrida en Méjico el año 1857(9), contaba con un repertorio abundante de papeles y de documentos concernientes a María Teresa, a la que si había perdido de vista por su ausencia, no así de sus interesantes memorias. Extinguidos, pues, los conventos de religiosos en Méjico, y muerto el P. Alcántara, todos los papeles y apuntamientos que había reunido en largo transcurso de cuarenta años, cayeron en el dominio público si bien conservaron el carácter de inéditos, que se buscaban con ansia y por cuyo motivo pasaron de unas a otras manos y aun se diseminaron por algunos estados de la República, conservando el carácter de inéditos, que en lo privado se leían con ansia y verdadera admiración.

Mucho hay que agradecer al Sr. D. José de Agreda un distinguido caballero de la Capital de Méjico, por el que con laudable empeño con que se propuso reunir gran parte de esos papeles y apuntamientos, incluso el diario llevado por el R. P. Villagelin, y por el genero donativo que hizo de tan importante colección.

Debemos igualmente un voto de especial reconocimiento a Srita Carmen del Villar, hoy una religiosa carmelita de aquella misma ciudad Capital, quien

tuvo la exquisita bondad de ceder (a dieciocho) varios legajos originales que poseía de las diligencias practicadas por la inquisición en orden referentes a las cosas admirables de María Teresa.

Con sus documentos, con un ejemplar de los apuntes que la misma María Teresa formó de algunos años de su vida cediendo a la obediencia, con alguna otros detalles más suministrados por las personas contemporáneas, hemos podido coleccionar los acontecimientos más interesantes, que se refieren en esta vida singularísima.

Grande interés agregaría a este ensayo la publicación de la correspondencia de María Teresa, la de las cartas de los ángeles y de los santos, dirigidas al Ilmo. Prelado que hacia de su director espiritual, y la de no menos importancia sobre la interpretación de algunos versículos del cantar de los cantares. Más estas piezas de que hacen mérito los documentos referidos, permanecen seguramente reservadas, sin que haya podido lograrse sino un o que otro fragmento de la interpretación, una que otra carta de las que María Teresa enviaba en consulta a su director, una que otra carta de los Ángeles, que por lo mismo podemos publicar, y que todos esos pequeños datos reflejan la grande alma de María Teresa, los torrentes de gracia con que Dios la favorecía, y los grandes heroicos esfuerzos con que se propuso servirle y glorificarle.

Si por los documentos referidos hemos de anticipar nuestro humilde juicio, sobre la vida admirable de la carmelita de Guatemala, no podremos condensarlo mejor que estableciendo la grande semejanza entre ella y la ilustrísima reformadora del Carmelo Santa Teresa de Jesús.

La comparación se creería bastante atrevida, si no fueran tan acabado los rasgos de perfección entre una u otra carmelita.

En efecto el rasgo dominante de la grande Santa de España, fue sin duda su abnegación perfecta y su adhesión absoluta a Dios, manifestadas ambas por su obediencia perfectísima, y su incesantes anhelo y trabajo decidido por acrecentar la gloria divina, correspondiendo en todo a las gracias y favores abundantes con que su divino Jesús la regalaba.

Y en dignidad émula la carmelita de Guatemala no desmintió un instante, desde la infancia hasta el sepulcro, esa completa abnegación de si misma, esa adhesión sin reserva a su Dios; ni tuvo otro pensamiento más vivo, otro deseo más impetuoso, otra ocupación más suave y más dulce y venturosa.

Niña, tierna aun, no encontraba más dulce entretenimiento, que el de verse rodeada de sus hermanitos, para hablarles con efusión y delicadísima ternura de su Dios. Y cuando, después de angelicales ansias logró acercarse a la sagrada mesa, su alma se elevó con el vuelo atrevido del águila, queriendo acercarse más y más al divino sol engolfándose desde entonces en sus comunicaciones soberanas.

Auxiliada durante su florida juventud por una gracia divina siempre creciente, nada pudo detenerla para consagrarse a la vida silenciosa y observante de los claustros religiosos. Su pensamiento, sus deseos y aspiraciones, alentaban su corazón que tendía con vivas ansias por el recogimiento, el silencio y la oración. Una vez colocada en el convento, se dedicó de lleno al ejercicio de todas las virtudes, y muy en especial a la humildad, a la obediencia ciega, a la más severa penitencia, al desprendimiento absoluto de todas las cosas, a la total entrega de todo se ser a Dios. Religiosa profesora, procuró rodearse de jóvenes educadas, sin que, entre las ocupaciones de la enseñanza, y la puntual asistencia a las distribuciones cotidianas de la comunidad, le faltara el tiempo, que distribuía admirablemente sienta muy

notable cómo podía hacer tanto, quedándole aun tiempo suficiente para aconsejar, para escribir interesantes cartas, comentarios e instrucciones espirituales, para saborear las más regaladas delicias con que su esposo Jesús se complacía en favorecerla.

Y en medio de tantas ocupaciones y de tan sublimes y delicadas comunicaciones, rayó en ella una disposición singularísima de espíritu, que parecía comunicársela la misma fundadora Santa Teresa de Jesús puesto que, total era su abandono en manos de Dios, absoluto su desprendimiento de sí misma, grande su confianza y sin límites en la divina providencia. Y con esos dotes, y con ese espíritu, se esforzó incansable por la perfección, por la reforma de su sagrada orden. Pertenece, María Teresa, no hay que dudarlo, a las almas extraordinarias magnánimas, como que nada quería, nada apetecía para sí, y sólo anhelaba porque el alma de las almas, fuese el mismo Dios.

Ese empeño, ese celo decidido por la más sublime perfección, la desprendió totalmente de todo lo terreno y la elevó a una altura toda celestial, divina; y como Santa Teresa de Jesús, se vio también ella regalada con profusión por el divino esposo de las almas. Y ciñó la corona de punzantes y misteriosas espinas; y el clavo y las llagas, y el anillo esponsalicio y el ángel que atravesó su corazón con dardo encendido, muestras fueron bien patentes, del amor divino que abrazaba todo su ser. Y por eso de su pluma y de sus labios caían frecuentes exhalaciones de tiernísimos afectos, de dilatadas dulcísimas expansiones, bendiciendo en todo y para siempre las inefables bondades y caricias de su Dios.

De naturaleza un tanto vigorosa, aunque bastante trabajada; sensible y fácil de conmoverse; formada para las grandes virtudes y las grandes empresas, María Teresa pudo resistir a grandes pruebas, a purificaciones

terribles, a indecibles penas interiores, a más de treinta años de duras enfermedades que no pocas veces la pusieron al borde del sepulcro, y de las que salvaba recobrando admirablemente la salud corporal, por influencias superiores, desconocidas, maravillosas, sobrenaturales. Toda su vida fue de continuas luchas y trabajos, pero siempre unida, siempre favorecida singularmente de Dios.

María Teresa fue, a no dudarlo en nuestros tiempos una segunda Teresa, modelo de virtud y de encumbrada perfección.

Tal es su compendio el juicio anticipado que presentamos a nuestros benévulos y piadosos lectores sobre la insigne y esclarecida carmelita de Guatemala objeto de esta pequeña y reducida historia. El le servirá para robustecerlo con los importantes detalles que vamos a referir, tomados de fuentes originales, de documentos y manuscritos inéditos, que dejamos en manos seguras, que porque en un porvenir que creemos no remoto, pueda esta obrita llegar a los tamaños que le correspondes, ya también para dejar asegurada la exactitud y la imparcialidad con que hemos procedido, al bosquejar una vida bajo todos los conceptos sorprendente y admirable.

La Iglesia, dirigida por sus sabias reglas e ilustradas por el divino Espíritu que la asiste siempre juzgará un día las heroicas virtudes que durante la vida ejerció ~~admirablemente~~ la penitente y humilde no menos que esclarecida carmelita de Guatemala; y la concederá, no lo dudamos la aureola de santidad que tiene ya conquistada en la estima de sus hermanas de religión, y en la grata memoria de sus contemporáneos en el siglo.

Guatemala. El día del Rosario de la Virgen María. 1890

Vida
de
~~de la penitente y humilde~~
Sor María Teresa de la Sma. Trinidad Aycinena.
Religiosa profesora de Carmelitas descalzas
de Guatemala.

PARTE PRIMERA
Vida privada

Capítulo 1º
Nacimiento de María Teresa, su primera edad.

Hay en la ~~vida~~ historia de los ~~santos~~ personajes célebres, un atractivo irresistible que nos conduce hasta su cuna para conocerles desde su ~~primitive~~ origen. No quisiéramos perder nada de cuanto dice relación a su preciosa existencia, cuidando por eso de estudiarlos hasta en la misma ley que precede a su desarrollo y a sus destinos ulteriores. Cobra mayor fuerza ese interés cuando de trata de almas singularmente privilegiadas, y de las que, con especial empeño, ~~buscand~~ aun las circunstancias más pequeñas, ya en las generaciones que han precedido a su nacimiento, ya en la bondad original que traen consigo, ya también en esa savia de vida que les da suave pero decididas inclinaciones a la virtud y a la profusión de gracias naturales con que marchan después por los

senderos, que les tiene marcados la cariñosa mano de la providencia, prefiriéndolas en el gobierno divino de todas las cosas.

La Sagrada Escritura, que debe servirnos de modelo, no prescinde de esas consideraciones; y así al hablar de los personajes más distinguidos de los héroes o heroínas de la antigüedad, cuida de darnos a conocer todos los detalles de su filiación. Séanos, pues, permiti(do) al comenzar estas páginas hablar del origen de la filiación, de la venturosa criatura en y cuya vida vamos a referir.

~~La familia de Aycinena a la cual ella pertenece por su padre, no nos ha sido conocida sino por este mismo.~~ El nombre del Sr. Marqués Don Juan Fermín de Aycinena, es el primero que podemos registrar en el catálogo de sus antepasados, pero él solo basta para preludiar las grandes virtudes de que ella fue heredera, y que con exquisito esmero supo muy bien acrecentar. Conozcámosle ante todo.

El Sr. ~~Marqués~~ D. Juan Fermín Aycinena, originario de Liga en el Valle de Bartán de la Provincia de Navarra en España, llegó a ~~este antiguo~~ establecerse en este ~~antiguo~~ reino de Guatemala, por el año de 17____, fue recibido por los vecinos de la antigua capital, donde fijó entonces su vecindad con las demostraciones correspondientes a sus bellas prendas personales; y ~~supo muy~~ bien pronto supo conquistarse un lugar preferente en esa sociedad por sus relevantes virtudes, y por su notoria y recomendable caridad¹ sencillo en su trato, afable y cortés con todos, atendía cuidadoso al desempeño de todos sus deberes religiosos y sociales. Piadosísimo, asistía diariamente a la santa misa, haciéndola aplicar no pocas veces por las almas del purgatorio, a las que por con singular aprecio y respeto llamaba, "mis almas"; frecuentaba los sacramentos

con no menos provecho que edificación; visitaba diariamente las Iglesias buscando el circular, y era devotísimo especialmente del Patrocinio de María Santísima. Ninguna de estas prácticas religiosas le impedía cumplir por otra parte con los deberes de la familia y de la sociedad. Era todo para todos; y en las más apremiantes necesidades siempre estaba presente para remediarlas con decidi(d)os empeño, y distinguiéndose notablemente en las terribles desgracias ocasionadas en la Antigua Guatemala por los terremotos ocurridos el año 1773; ya a su eficacia y celo y puntualidad en el desempeño de sus comisiones de debió en gran parte la pronta traslación de la ciudad, decretada por la autoridad civil, y la formación de esta nueva y hermosa capital, sacrificándose con grande desinterés al servicio público, ejerció sucesivamente los cargos de síndico procurador, Alcalde ordinario y Regidor perpetuo y Depositario general del muy noble Ayuntamiento; así como el de Prior del Real Consulado de Comercio, y el de Síndico del Colegio de Propaganda fide y del Monasterio de las RR MM Capuchinas.

Por sus muchos, dilatados importantes servicios y por su notoria nobleza, en virtud de informe y recomendación del Capitán General y Presidente de Guatemala D. Matías de Gálvez, el Rey D. Carlos III le hizo merced de concederle título de Castilla con la denominación de Marques de Aycinena; y también fue condecorado con la cruz y título de Caballero del hábito de Santiago.²

¹ Juarros Tomo I cap. 3 pag. 5.

² Real Cédula datada en Aranjuez a 19 de Junio de 1783. Por este importante documento, que hemos tenido a la vista, el Rey Don Carlos III concedió el título de Marques de Aycinena, a Don Juan Fermín de Aycinena. Extractamos los poderosos motivos que impulsaron al Rey a conceder esta Merced. =La reconocida nobleza del agraciado por su distinguido nacimiento, enlazado por ambas líneas con las casas Solares del Aldeera, Segarrea, Perureña, y otras de que se compone la principal nobleza del Valle de Bartán; por el servicio de Alférez que prestó

Fue casado tres veces, la primera con a Señora Doña Ana Carrillo y Gálvez, de cuyo matrimonio le sobrevivieron dos hijos: D. Vicente Anastasio, que le sucedió en el Marquesado y prestó muy importantes servicios a la nación; y D. José Alejandro, doctor en derecho civil, coronel de milicias, que desempeñó los empleos de Consejero de Estado y de Indias en la corte de Madrid, y fue condecorado con el título de caballero gran cruz de la Orden de Isabel católica. 2

La segunda vez casó con la Sra. D^a Micaela Nájera y Mencos, sobreviviéndole de este matrimonio tres hijas, D^a María Bernarda, esposa de D. Tadeo Piñol y Muñoz, D^a María Josefa, esposa de D. Juan Bautista Marticorena, y D^a Micaela, esposa de D. Manuel José Pavón. 3

En terceras nupcias casó con la Sra. D^a Micaela Piñol y Muñoz. Los hijos que le sobrevivieron de este enlace fueron D^a María Teresa, D. Miguel José, D. Juan Fermín, D. Mariano, D. Ignacio y D. José María. 5

La Sra. D^a Micaela Piñol, originaria y vecina de este reino, procedente de familia bien distinguida, fue modelo de inquebrantable exactitud y fidelidad en el desempeño de sus deberes religiosos domésticos.

en la expresada Ciudad, desempeñándolo a su costa y con el mayor esmero; por el fiel desempeño de Síndico Procurador del Ayuntamiento de esta ciudad de la Antigua Ciudad de Guatemala en as críticas circunstancias de escasas de granos y epidemia de viruela que afligió al vecindario; por la recta administración de justicia en el servicio de Alcalde Ordinario; por la integridad en el desempeño de Regidor perpetuo y Depositario General del expresado Ayuntamiento; por su cooperación decidida en la traslación de la Ciudad destruida al sitio de la Ermita, ocupándose de preferencia en suavizar las amarguras del pueblo, en repartir el pan a los necesitados, abastecer los castillos,, y proporcionar toda clase de consuelos, aun con grande pérdida de sus propios intereses. Tales son en compendio, los poderoso motivos en que la citada Real Cédula funda, la merced ~~que el Rey D. Carlos después dio~~, del título de Marques de Aycinena concedidos a D. Juan Fermín de Aycinena; nobleza y virtud.

Algunos hermanos de María Teresa prestaron relevantes servicios a la Religión y a que la causa pública, y puede asegurarse que todos se distinguieron en el ejercicio de la virtud.

Tal fue la numerosa descendencia del ~~noble y virtuosa~~ Marques D. Juan Fermín de Aycinena; y si hemos buscado con tanto empeño sus títulos de nobleza, y sus recomendables virtudes, transmitidas unas y otras a sus numerosos hijos, nuestra admiración crece y se eleva al contemplar que él prefirió a la gloria de los bienes temporales ~~el del legarles~~ la incomparable gloria cifrada en el ejercicio constante de las más preciosas virtudes, que forman su mejor grandeza. Dios le bendijo y le hizo fecundo, a la manera de la hermosa vara que la leyenda nos muestra cubriéndose de flores y de frutos exquisitos a la sombra augusta del templo santo del Señor.

~~Lea lo que fuere~~ De estas ligeras ~~consideraciones~~ referencias aparece bien clara la filiación de María Teresa, primera hija de las terceras nupcias del Sr. Marqués D. Juan Fermín de Aycinena con la Sra. Marquesa D^a Micaela Piñol. Apenas ella vino al mundo, en el día 15 de abril del año 1784, y en el provisional establecimiento de la "Ermita", fue conducida con gran júbilo de su numerosa familia a la Iglesia de Ntra. Señora de Candelaria, donde el Illmo. Y Rmo. Señor Arzobispo Dn. Cayetano Francos y Monroy le administró las aguas del santo bautismo y el sacramento de la confirmación recibiendo los nombres de María Teresa de Jesús, Anastasia, Cayetana. (Notas A y B.)

No dejó de acrecentarse el júbilo de los piadosísimos padres de María Teresa, al terminarse el bautismo con la presencia del Illmo. y Rmo Prelado, que a la fineza del azar inmediatamente el mismo a cumplimentarlos a su casa agregó, la de obsequiar a la recién nacida con una cruz y un anillo de oro y piedras preciosas. Obsequio valiosísimo en todos los sentidos; aunque ignorado

por entonces de todos en la significación que encerraba, y que solo Dios conocía. Como que en efecto más adelante veremos a María Teresa, agraciada con otra cruz y otro anillo, regalo de inestimable valor, con que la obsequió el divino esposo.

Entre tanto satisfechos como nunca los nobles y modestos Marqueses del inestimable tesoro que el Cielo les había concedido con darles tal hija, se dispusieron a emplear cuantos medios podía sugerirles el amor y la fe, para criarla con cariñosa solicitud y cuidado y para conducirla por los primeros y más difíciles senderos de la vida, con tan exquisito esmero, que él solo bastaba a pronunciar las futuras y grandeza de su agraciada niña.

Convencida ~~sobre todo~~ la piadosa madre, que de todos sus deberes, el más esencial era el de educar ella misma a su queridísima hija, y de inculcarle a tiempo los principios que habían de regirla más tarde, ella misma se propuso, sin fiarla exclusivamente a los cuidados de las domésticas, a enseñarla con sus lecciones y ejemplos, a fin de conservar y desarrollar en ella la salud del cuerpo y la santidad del corazón y de la inteligencia. Apenas comenzaba a dar los primeros pasos y a pronunciar las primeras palabras, con grande placer y amabilidad la atraía a sí, la colocaba sobre sus rodilla y la hacía repetir los nombres de Jesús y de María, que la niña repetía con una gracia y un candor infantil, propios de ~~aquella~~ en corta edad. Las primeras enseñanzas de esa piadosa madre tendían siempre a inspirar a su pequeña hija el temor a Dios, al amor a Jesucristo, el horror al pecado y el deseo de una vida inocente y pura. Sin cesar le repetía, como la reina Blanca a San Luis, que aunque ella la quería tiernamente, querría mejor verla desaparecer en la flor de su edad, antes que cometer un solo pecado mortal. Estas palabras se grabaron tan profundamente

en el tierno corazón de Teresa, que fueron siempre el móvil de su vida y el principio de todas sus acciones.

Alentada vivamente por las primeras instrucciones, que más que instrucciones eran suaves caricias maternas, y auxiliada por una gracia del cielo abundante y extraordinaria, adelantaba con tal rapidez, que no dilató en mostrar su fina y candorosa correspondencia a su queridísimos padres y una tendencia bien notable a todo lo que era digno de respeto y de veneración.

~~Apenas podía balbucir la oración del Padre Nuestro la repetía con tal gracia y tal fervor, que encantaba a todos cuantos la oían. Cuando ya pudo comprender el sentido de las palabras.~~

Con facilidad incomparable despertó bien pronto su inteligencia, y tuvo el conocimiento suficiente para dirigirse a Dios, y para sentirse colocada entre los primeros albores de la razón y los insondables abismos de la eternidad.

Apenas pudiera creerse que en tan temprana y tierna edad, ~~guardase~~ un orden tan admirable. Seis o siete años no más contaba; y su dedicación a los pequeños oficios de la casa y a los ejercicios de piedad eran tan notable, que formaba el encanto y la gloria de ~~aquella~~ toda aquella numerosa familia. Imitadora en extremo, seguía por todas partes a su tía María Josefa, modelo acabado de virtud, que más tarde fue religiosa concepcionista de observancia muy distinguida y ejemplar: y estaba como pendiente de sus labios para escuchar todas sus disposiciones y consejos. Grandemente influyeron en el ánimo del tierna niña, las lecciones prácticas que esa adelantada tía le daba, y sobre todo la constante lectura del precioso librito que ella le regaló, sobre "las excelencias de la virginidad", y que Teresa, gravó más que en su memoria en el fondo de su corazón, dando siempre durante el curso de su vida particular preferencia a la más bella y angelical de todas las virtudes.

Necesitaba Teresa de algunos momentos de asueto y recreación; y los tomaba en los días festivos, acompañando a sus hermanitos pequeños, en los entretenimientos de procesiones y fiestas religiosas que hacían los Miguelitos. Así llamaba a los niños que reunía a hacer aquellas funciones infantiles y candorosas f, de las que Miguel, hermanito también de Teresa era el jefe o motor principal. Entretenimientos que no obstante su candidez, contribuyeron no poco para darle un atractivo a las funciones religiosas de los templos, y a fomentar su inclinación a todas las cosas sagradas.

Era preciso colocarla en el Colegio.

No hay duda que la mejor educación la da la familia, cuando ella es verdaderamente cristiana. La niña cerca de su padre y de su madre, aprende con gran facilidad y lo que aprende es de más duración. Sería siempre preferible que aquellos de quienes se ha recibido la vida fuesen también acreedores al doble beneficio de la educación y de la instrucción. Más este sistema, preferible a todo otros sistema, por desgracia es casi imposible en la practica. Pro eso el Colegio suple a la casa paterna, y en la necesidad en que se encuentran los padres de retirar a sus hijos desde la más tierna edad para confiar sus instrucción a manos extrañas es un sacrificio incomparable; si bien comparado con las dulces satisfacciones de un adelanto reconocido, sobre todo cuando les queda el difícil consuelo de escoger una casa de educación digna de representar a la familia.

Atentos pues, los Señores Marqueses de Aycinena en buscar maestras que les sustituyeran en la misión santa que Dios les había confiado para educar a María Teresa, no vacilaron en colocarla en el Colegio de Niñas, que llevaba el título de "La Presentación", y que ocupaba el edificio que después paso servir de asilo a las huérfanas, calle que conduce al Hospital general de esta Ciudad.

Puede considerarse cuanto costaría esta separación a los tiernos y amorosos padres de María Teresa, ~~por lo demás la Sra. Marquesa~~, quienes hicieron a la vez las más especiales recomendaciones a las maestras para que esta fuera por lo general instruida, evitándole las reuniones con el resto de las niñas en las horas que no fuesen de enseñanza. Cosa que, si de momento llenó de amargura el corazón de Teresa, la fue acostumbrando al silencio, y a la soledad religiosa. La regularidad de los ejercicios, el orden de la casa, la emulación, el perfume de virtudes que se encerraba dentro de ~~los muros de aquella casa religiosa~~ aquellos muros sagrados, el aire embalsamado del Cielo que allí se respiraba, ese aparato de fe dulce y severa, que hablaba al espíritu y al corazón a todas horas y de mil maneras, esas maestras revestidas de ~~virtud~~ un carácter y de una misión maternal, ofrecía a Teresa medios preciosos y abundantes para adelantar y formar poco a poco hábitos que habían de servirle grandemente en los penosos combates de la vida. Y supo aprovecharlas admirablemente.

Amada ~~Teresa~~ bien pronto de las maestras y de las alumnas, se hacia cada día más notable por su docilidad exactitud, sumisión y admirable piedad. El día lo pasaba en el Colegio y la noche en su casa. Iba creciendo a tal grado en piedad, que asistía todos los días a misa, oía con especial atención las lecturas religiosas; y no entraba ni salía del colegio sin pasar antes al cor a visitar la imagen del Señor Crucificado que estaba allí colocada. Sus oracioncitas eran cortas pero fervorosas y alentadas por una asistencia especial del espíritu de Dios que animaba aquella alma angelical.

No pocas veces al entra al coro se olvidaba de toda otra cosa, para ofrecerse y entregarse a su Señor, que la atraía dulcemente llenándola de viva fe y tiernísimo amor. Así alentada ella le decía: Padre mío, Dios mío, Dueño

mío, por ser quien sois guardad mi corazón que no se incline a maldad alguna, mas tenedlo siempre en vos, por los méritos de mi Señor Jesucristo. Amén. Breve oracioncita que le había enseñado su cariñosa madre, u que ella repetía al Señor Crucificado, abrazándose luego del pie de la cruz, sintiendo un gozo inexplicable, sin poder aun darse cuenta que su gozo arrebatava sus sentidos y potencias, y era el gozo de los primeros éxtasis de su vida. ¡Tanto agradaban a Dios aquellas caricias infantiles!

Día hubo en el que al repetir Teresa sus visitas al Crucificado, sintió tal impulso de amor a él, que se animó a suplicarle se dejase ver pero vivo, para amarle más y más; y, OH dignación, el Señor se lo concedió mostrándosele vivo, paciente, pero con rostro de inefable afectivo y de soberana majestad.

Creciendo de día en día el amor y las ansias de la niña, el mismo Cristo se dignó hablarle, diciéndole: "¿Teresa, hija mía, oye mi voz? Si Señor. Pues bien; tú te llamas María en honor de mi madre; y este nombre tiene cinco letras. Su significado en ti es, que serás señalada con mis cinco llagas, para gloria y alabanza eterna de mi nombre. Teresa significa gracia, y tú la hallarás delante de mis ojos si con humilde corazón te niegas en todo, siguiéndome por el camino de la cruz".

María Teresa escuchó absorta y fuera de sus sentidos estas dulces palabras sin comprender en ellas el privilegio tan grande que el Señor le concedía. Creía que esta era una merced común y ordinaria dispensada a todas las niñas que rezaban con devoción; bien que por otra parte esas palabras causaron tal impresión en su tierna alma, que no las olvidó en todo el curso de su vida. ¡Tales cosas obra Dios, cuando prepara un alma para un grande porvenir!

Teresa no pasaba un solo día sin visitar al Crucificado en el que había quedado fija la vista de su candorosa alma, y atento el ^{oído} odio a su dulce amantísima voz. Al acercarse al Colegio sentíase inundada, arrebatada, por un dulce y suave atractivo. No podía entrar a sus ocupaciones escolares sin pasar antes al coro. Unas veces iba sola, otras veces acompañada; pero todo era verse en la presencia de la santa imagen de Jesús que volar a postrarse a sus sagrados pies. Un día al separarse ya de la cruz, encontró a la compañerita que la esperaba llorando, y esta le dijo: "Teresa, ¡que feliz eres! A ti te quiere el Señor para esposa, a mi me dejará; porque cuando llegaste a sus pies, bajó a ti la cabeza, y a mi no se que me detuvo para llegar. Teresa, ¡que feliz eres y yo que desgraciada! No inmutó a María Teresa tan tierna expresión por lo que hacia a bondad con que el Sr la había distinguido inclinando la cabeza; pero si enterneció sobremanera, al oír de su llorosa compañera, que ~~ella~~ era desgraciada pues el bien y la felicidad lo quería para todas. ¡Así sienten siempre las almas buenas!

Tetados estaríamos de suprimir la relación de estas predilecciones, si ellas fueran menos ciertas o fundadas; pero la encontramos muy explícitas en los escritos de los directores de María Teresa, a quienes más tarde tuvo ella misma que fiárselas en virtud de los rigurosos preceptos de obediencia. Por lo demás, para Dios no hay diferencia de estados ni condiciones, ni diferencia de edades y de años; tanto más que si volvemos los ojos al Evangelio, allí mismo lo veremos gozoso, colmando de delicias y de abrazos a los mismo niños. "----- parvulos venire ad me"³

Admirables, pues, son los favores que Dios dispensa a María Teresa desde la más tierna edad; nada extraño que ellos se multipliquen en el curso de

su vida, sin que falten en los días en que con tanto ardor y tanto empeño se ~~prepara~~ dispone para su primera comunión.

Capítulo II

Su Primera Comunión.

Teresa crecía en edad y en virtudes, particularmente en el amor a Dios, que se iba acrecentando en su tierno corazón. De allí, que niña aún viese con desprecio las cosas del mundo; y ni las galas, no los vestidos, ni las alhajas llamaron su atención. Por el contrario, su gusto decidido, su vivo placer era el retiro, ~~la penitencia~~ el cumplimiento de sus pequeños deberes, la misa, el rosario, la oración.

Pocos años cuenta, y con empeño decidido comienza a practicar sus primeras confesiones con el Señor Arcediano Don Antonio Carbonel, en preparación para recibir a Jesús Sacramentado. El dolor de sus pecados, que no pasaban de ligerísimas fallas, le hacía cumplir las penitencias con tanto fervor y candidez, que la mismo Madre la ayudaba a cumplirlas ~~y la excitaba~~ excitándola siempre a la humillación y al sufrimiento. Así ella se acostumbraba por otras parte a soportar con resignación las pequeñas contradicciones y reprensiones. Día hubo en que la Superiora del Colegio le dio una disciplinada por una ~~falsa~~ acusación que le hicieron; y no exhaló una sola queja, no lo dijo a sus padres, no se ~~queje~~ excusó, si se le oyó hacer mérito de la poca justicia con que se le había castigado severamente. Se preparaba para la comunión; se creía indigna, culpable, obligada a purificar su alma, inocente angelical.

Se preparaba para la primera comunión. Esa era su ideal; y si ese acto el más solemne de la vida espiritual para todo cristiano ocupa el alma de

³ S. Mat: 18

preferencia, déjase comprender lo que sería para Teresa que empleaba un año entero en ~~la preparación~~ prepararse.

Dios asistía de una manera especial a su predilecta hija; como nada desea él tanto como derramar sus gracias en un corazón y en un alma pura y ferviente, adelantaba él mismo los momentos preciosos incompresibles en que había de realizar la unión misteriosa, ~~deseada~~ a que con tanto empeño se preparaba Teresa. Si ella dirige al Smo. Sacramento del Altar todas las aspiraciones de su ser y sus pensamientos y deseos fervientes, agrada tanto complacer a su Dios, que él ~~se adelanta~~ se anticipa a recompensarla sobre toda ponderación.

Veamos esa primera recompensa, preludio de mayores y más grandes predilecciones.

Hacíase por el mes de Noviembre de 1792 la novena de Ntra. Sra. del Socorro en la Iglesia de Santa Rosa, por estar la Catedral en construcción. María Teresa no faltaba a aquellos ejercicios ~~llevádola~~ acompañada de su Señora Tía D^a.

No bien un día de esos había comenzado a celebrar la misa el P. D. Gaspar Juarros, la niña entró en un recogimiento particular, y con el fervor de sus pequeñas oraciones fue creciendo en ella el ansia y vivo deseo de comulgar a tal grado que al volverse el celebrante para dar la comunión a los fieles, ella se levantó instintivamente de su puesto y se fue a la barandita del comulgatorio. Apenas se apercibió de ello la tía, llena de angustia voló a traerla, y tomándola del brazo antes de que comulgara la volvió a su puesto reprendiéndola ligeramente, pues aunque ya se había confesado varias veces, no era aun el día señalado para la comunión.

Teresa, llena de pena y amargura, lloraba sin consuelo, mezclando sus lagrimas abundantes con el dolor de verse privada de la comunión

Poco después salió la misa del P. D. Domingo Juarros, y llegados los momentos de la fracción sagrada, un hermoso ángel, visible para Teresa, apareció cerca del altar, tomó con grande acatamiento una partícula de la hostia y fue directamente a darla a la niña en forma de comunión. ¡Inefable, incomparable don, con que Dios quiso regalar acariar tiernamente a su amantísima Teresa, correspondiendo anticipadamente a sus cándidos fervores y compensándole la vergüenza, la zozobra y amargura que acababa de pasar. ¡Oh misterio de las divinas recompensas! ¡Oh momento feliz, de gozo de ternura , de satisfacción incomprensible para la misma agraciada! La imprevista comunicación de su Dios llena su alma de júbilo; pero ella se retira aquel día de la Iglesia, son comprender lo que ha pasado, era demasiado niña para poder medir la grandeza de un beneficio que le parecía común, ajena aun de la maravilla de la misteriosa revelación de la magnificencia y liberalidad divina.

No hay que dudarlo. María Teresa ese día gozó con el gozo de los ángeles, ~~aunque de él~~ sin duda que en virtud de los destinos que el Señor preparaba a esa criatura privilegiada, permitió, que niña aun, pudiese reunir al lado de no pequeñas penas interiores las más suaves y deliciosas satisfacciones. Ello es, que su placer, sus delicias ampliamente compensadoras estaban en la Eucaristía. Cuando asistía a la misa se le veía redoblar el recogimiento y atención ; y aun entonces comenzaron sus primeros transportes. Absorta ya en la adoración de Jesús presente en el Santísimo Sacramento, dejaba claramente traslucir lo que pasaba en el fondo de su tierna alma, dispuesta por el fuego

divino que la abrazaba, a dejar por breves momentos cuerpo para lanzarse al objeto de su amor.

Llegó al fin el día tan deseado; y si bien le faltaba la emulación que hubiera podido prestarle el concurso de otras niñas, pues entonces no estaban en práctica las comuniones que hoy se hacen, su emulación venía del cielo, y eso le bastaba. A la una de la mañana de ese ansiado día ~~feliz-venturoso~~ ya estaba en pie, preparándose para el momento feliz en que iba a realizar su unión con el amado Jesús. A la hora señalada salió de la casa, conduciéndola ~~a acompañarla~~ su piadosísima madre a la Iglesia. Llegó al fin para ella el momento venturoso, recibió la sagrada comunión, y con ella una fruición anticipada del cielo. Sus sentidos se nublaron por un momento, un ligero desmayo, la colocó en muda pero sublime adoración, se abismó en el silencio de la tierra y llegó al fondo de su alma el eco de las alegrías celestiales.

Apenas podríamos calcular las emociones del tierno corazón de Teresa en posesión del adorable sacramento, si ella misma mas tarde no hubiera consignado cuanto le paso (en la hora feliz), (en el día venturoso) de su primera comunión.

Las virtudes que brillaron en ella a contar de ese día efecto fueron del pan eucarístico, de la presencia real de Jesús en aquella alma escogida. El Espíritu Santo se hizo su maestro en el fervor, en el santo temor, en la unción, en los claros conocimientos, en los gozos soberanos y particularmente en el arte de la oración. Asombraba que en edad tan corta, supiese, sin haberlo aprendido de los hombres, meditar con tanto provecho sobre las conmovedoras escenas de la pasión del Salvador. Esas meditaciones fueron levantando su corazón al vivo amor de Jesús; y aun sin pensar lo dejaba entender en los primeros transportes que el Señor le concedía. Donde en día feliz los

ejercicios y prácticas piadosas la penetraron de un recogimiento, y de una ternura especial. Comulgaba una vez a la semana, y sus preparaciones la hacían digna de las mayores gracias.

Las confesiones iban siempre acompañadas de un vivo arrepentimiento por las más ligeras faltas, con que se reconocía culpable. Preciosas preparaciones que tanto influyeron en sus admirables adelantos espirituales.

Sin duda que la escena tiernísima de la primera comunión produjo un efecto maravilloso sobre el candoroso corazón de Teresa. Columbró desde entonces que las gracias encerradas en el inefable misterio eucarístico, sería su más grande consuelo en el curso de la vida. Y esa impresión creciente se renovó tantas veces, se desarrolló de una manera tal que los más grandes favores las más íntimas comunicaciones celestiales, aquellos primeros coloquios, las revelaciones interiores, sus deseos, sus mismos gemidos, tenían mucho de sobrenatural y divino, las suaves caricias de su Dios, que buscaban la hora precisa de la comunión. No anticipemos los hechos. Bástenos por ahora consignar, que tales fueron las suaves delicias, las emociones hermosísimas de su primera comunión, que ellas quedaron esculpidas para siempre en su bendita alma.

Capítulo 3

Luchas y combates desde la primera edad.

Ochoa abriles eran ya para María Teresa, un conjunto preciosísimo de predilecciones y de gracias muy particulares y bien marcadas con que Dios la favorecía y la ilustraba. Con el acto solemne de su primera comunión, bien podemos cerrar la primera época de su vida, para comenzar otra nueva época que abre más ancho campo a sus aspiraciones y virtudes, y nos permitirá conocerla un poco más.

Sin temor alguno vamos a describir sus más floridos años, porque si ella tuvo que entrar en la edad en que la inexperiencia y las distracciones suelen arrastrar a los jóvenes a no pocos precipicios para ella son los más preciosos tiempos de combates, es verdad, pero de no pequeños triunfos.}

Ni aun entrando en esa edad quiso mandar a ninguno en su casa, ni que le sirvieran, sino en lo que era absolutamente indispensable. Dotada de un corazón benigno y compasivo, solo deseaba hacer el bien a cuantos podía, ni la ocupó jamás la murmuración, ni sus labios se mancharon con la más pequeña mentira, ni dio cabida a los dichos y a los chismes en que abundan los años juveniles. Dios mismo cuidaba, guardaba el candor, la inocencia de su hija, cercándola eso si como a su propio huerto de punzantes espinas. El dolor, la debilidad en lo físico: los sobresaltos, las penas interiores en el espíritu fueron desde entonces sus más favoritas e inseparables guardianes.

Una calentura lenta y tenaz acompañada de grandes dolores en la cara la postraban las más veces en la cama; pero por más que sufriera y tuviera se en el curso de la noche, a nadie molestaba, sino que esperaba paciente y resignada el amanecer para pedir algo, por el amor de Dios.

Las aflicciones de espíritu, niña aún, la penetraban hasta el fondo del alma, haciéndola derramar amargas lágrimas, pues la atormentaba la triste idea de estar en desgracia de Dios. Consideraba las almas de las personas que la rodeaban hermoseedas con la divina gracia y ella, solo ella era la desgraciada, denegrada por la culpa, culpa que no tenía, pero que la hacía estremecerse y mirarse como la criatura más vil y desgraciada de la tierra.

Para calmar sus angustias y borrar sus manchas, hacia con grande empeño los ejercicios espirituales, se dedicaba a la oración, se aplicaba silicios, y castigaba sus carne virginales con sangrientas disciplinas; pero ninguna penitencia ~~disciplina~~ era suficiente para aliviar sus trabajos interiores; a nadie los comunicaba, solo Dios los sabía. Rendida del combate durante el día, dormía pocas horas en la noche, para despertar luego en la misma tribulación, en las amarguras y copiosas lágrimas. La confesión misma que podía ser su más grande consuelo, llegó a serle inagotable fuente de pesar y de aflicción; y ya no podía oír las campanas de la catedral, sin sufrir mucho, tan solo porque la traían a la memoria que el jueves y el domingo estaban próximos, y que tenía que cumplir con el penoso deber de confesarse, que ella misma se había impuesto, dos veces a la semana.

Bien pronto dejó a traslucirse que algún grande tormento la dominaba; y la Marquesa, su madre, entrando en los más serios cuidados, no obstante las atenciones que reclamaba la última enfermedad del Sr. D. Juan Fermín, la llamó para pedirla con lágrimas en los ojos la dijese qué pena la afligía. Y como Teresa al fin le respondiera entre congojas y llantos que tenía ofendido a Dios, fue preciso llamar al Sr. Carbonel, su confesor, y que este le hiciese tanta reflexiones, que solo así pudo calmarse.

Como quien aprovecha la preciosa tregua del combate, ella se aprovecha, del descanso que su Dios le concede en el conjunto ~~de amarguras seguidas~~ de gracias abundantes. Una impresión viva y fuerte reanima su fervor y sus fuerzas de espíritu, y dejándose conducir por la cariñosa mano de su Dios, se dirige a la antesala de la casa, se encierra allí, se arrodilla violentamente delante de una imagen de S. José con el niño en los brazos, y tomándole por su padrino, hace a Jesús y a María espontáneamente el voto de virginidad, con firme propósito de guardarla hasta la muerte. Y lo guardó cumplidamente, como nos lo irá indicando el curso de esta breve historia de su vida.

Entre tanto no contenta tan solo de haberse consagrado a su Dios, ofreciéndosele en sacrificio y víctima de su amor anhelaba por dedicarse a otras virtudes en provecho de sus semejantes. Un velo de tristeza y de dolor indecible cae, sin embargo, sobre Teresa, y viene a detenerla en la realización de sus nuevas aspiraciones.

La muerte se acerca a su querido padre. Llegan para ella momentos angustiosos, en que después de verle ~~sufrir~~ un año entero sufrir los dolores de una larga y penosa enfermedad con la más heroica y cristiana resignación le ve también expirar y partir de este mundo. Lloro con los que lloran; pues sabe que su dolor no tiene otro consuelo que el de orar y llorar, más en el fondo de su alma, alentada por la gracia, surge luego el pensamiento de aliviar a su querida Madre en su viudez, de servir a sus hermanos mayores y de dar el mejor ejemplo cuidar y ser útil a todos lo que pueda.

1^o año

Púdica, devota, solícita, ocupada, obediente, callada, recogida, formada con los ejemplos de su ilustre consanguínea a la que no deja de consultar en el monasterio de la Concepción, viene a ser el centro y el desempeño de la noble casa de Aycinena. ¡Benditísima niña, que privándose aún del descanso

necesario, por no dejar una sola de sus prácticas religiosas, se desvela por atender con rigurosa exactitud a sus sagrados deberes domésticos. Ya desde entonces se hacen más notables sus virtudes, más parece una anciana que una niña, se atrae las miradas de cuantos la conocen y la tratan, y especialmente de sus hermanitos, que más tarde tendrán el dulce consuelo de alabarla.

Dueña, digamos así de reglamentar el orden de la casa, da un lugar muy preferente a la caridad con los pobres; les socorre en abundancia, acompañada de su Madre va a buscarles a sus miserables hogares, les sirve ella misma, siente un gozo extraordinario en participarles de lo que tiene, desprendiéndose hasta de su propia ropa a favor de una pobrecita. El Señor le deja a entender cuanto le agrada en esos ejercicios, regalando su alma con particulares luces y consuelos.

Solo el infernal enemigo no estaba contento, ni podía estarlo con los rápidos progresos que esa niña privilegiada hacía en el ejercicio de las virtudes más aventajadas. La llenaba de miedos y temores, sobre todo por la noche, la hacía sentir en el fondo del alma su inmediata presencia, la afligía con ruidos, le causaba horrores indecibles. Aun llegó el caso en que viere corporalmente al Demonio, una tarde que estaba descansando un rato recostada en la cama, se le presentó haciéndole burla y tratando de envolverla en una red espesa como una nube; no pudo la pobrecita contenerse, dio gritos, acudieron a consolarla, manifestó lo que estaba pasando y que era mucho el miedo y el horror que tenía. Con las reflexiones que le hizo su _____ y los recursos de la oración para implorar de Dios el auxilio y el socorro en tan grandes tribulaciones, pudo vencer al espíritu maligno, que hubiera querido robar al cielo aquella delicada flor, logró ahuyentarla y obtener un señalado triunfo, quizás en uno de los más serios combates de su vida.

Tocaba ya María Teresa los trece años de edad cuando el Señor, que tanto la favorecía, la hacía pasar por las más duras pruebas y rudos combates, de los que solo pudo salir triunfante por encontrarse su espíritu robustecido, ~~con los~~ ~~ejemplo~~ con la constante oración, con la penitencia sorprendente en sus cortos años, y sobre todo con las constantes máximas y ejemplos recogidos cuidadosamente en la lectura diaria de libros ascéticos, que tanto le agradaban. La imitación de Cristo, libro favorito que daba grandes consuelos a su alma, el espíritu de S. Francisco de Sales, el combate espiritual y la vida de los Santos le daban grande aliento. Pero sobre todo la lectura de las vidas de San Luis Gonzaga y de la vida de S. Estanislao de Kosca, contribuyó de una manera especial a robustecer y afirmar la resolución de hacerse religiosa, y de sepultarse en un claustro. Dios la rodeaba por estos medios, de su cariño y paternal providencia, y alumbrándola con luz superior, se aprovechaba admirablemente de cuanto su sierva leía, para que el primer y principal fruto que germinase en su corazón, fuese el desprendimiento del mundo, acompañado de un conocimiento claro y perfecto de la vaciedad y nada de las cosas de la tierra, levantándola poco a poco a un grado de elevación, que no era propio de su edad, ni de la enseñanza que había recibido en el colegio, sino de un don bien precioso, bajado del Cielo y que bien podemos llamar de predilección especial.

Koska

Por eso sin duda, llegada María Teresa a ese grado de perfección, no tenía otra ocupación más grata, otra satisfacción más llena y cumplida, ni otro consuelo mayor en sus penas que repetir a cada paso en el interior de su alma, "Dios mío te amo sobre todas las cosas". Y Dios que la escuchaba y se

complacía en su amor, pone su amor a prueba. Como quiera que solo la prueba puede marcar bien claro la elección entre el criador y la criatura, y que a ella se debe el ver bien claro a que parte se inclina la balanza; resulta, que cuanto más terrible es la prueba y con cuanta mayor fuerza se soporta, mejor se muestra la generosidad del amor a Dios.

Eso precisamente es lo que pasa a María Teresa entre los catorce y quince años de edad, en que Dios que la conoce bien la somete a las más duras pruebas. El desaliento, la tibieza, el deseo de libertarse de sus mejores resoluciones ~~que había formado para hacerse religiosa y hasta la idea de prescindir del voto que había formado~~, y alguna que otra distracción del mundo, vienen en tropel a combatir sus pobrecita alma a llenarla del más terrible desconsuelo y amargura. Esta en la época de la prueba, contemplémosla por un momento quizás nos haga derramar más de una lágrima, pero en cambio nos deje caer una lección útil y provechosa.

Tan rápido curso en la práctica de las virtudes, levanta a Teresa a la perfección y nos parecería increíble el descenso de esa pobre criatura, si no supiéramos de antemano, que el desaliento, supone siempre una vida espiritual adelantada; y que ~~el descenso de la altura a que se había llegado~~ como ciertos fenómenos geológicos, ~~el desaliento~~ que indican un estado primitivo no viene sino después de una notable elevación. Preciosos misterios ocultos como en los arcanos de la divina providencia, a que María Teresa se ve sometida.

Con notable sorpresa ella mejora en su salud corporal, se dedica ^{al} al canto y al piano y aunque uno y otro ejercicio no pasan de una distracción recreación bien inocente y modesta, que en nada se opone a su piadoso y habitual recogimiento, viene el espíritu de distracción y desaliento a perturbarla, se

1800-2

resfría en los vivos deseos que había formado de hacerse religiosa, y hasta se aflige de haber hecho el voto de perpetua virginidad.

Dominada algún tiempo por esos pensamientos, vagos, tristes, indecisos ~~se resfría~~ afloja un tanto en sus ejercicios espirituales, los hace más por hábito que por el deseo de adelantar y a nadie revela lo que siente, porque no cree ya ~~conveniente~~ necesaria una sistemada dirección, que más bien la oprime y la disgusta. Mil y mil ideas cruzan por su mente, y aunque ninguna constituye una falta, la ponen al borde de un terrible precipicio, que si no le espanta es porque no lo conoce.

Desalentada y todo, al fin se decide a manifestar cuanto le pasa a su Director el Sr. Carbonel, hasta preguntarle, no obstante su natural timidez y la pena que le causaba decirlo, si estaría obligada a guardar el voto de castidad que había ofrecido desde pequeña.

Bien embaraza y comprometida era la respuesta para el Señor Carbonel; tuvo todo el tino y la prudencia necesaria para no estrecharla y hacerla comprender por otra parte que el esposo eterno que la había tomado la palabra, no permitiría se rompiere el lazo precioso con que la había aprisionado desde sus primeros años.

Pero ¿qué podía haber ocasionado a María Teresa tan inopinada fluctuación? No lo sabemos, y ella mismo no lo comprendió. Porque si las pruebas se multiplican y no falta un caballero distinguido que la haga entender que la quiere y solicita por esposa, ella o rechaza con toda energía y entereza. Si se ve molestada por una pérfida mujer que con tal objeto espía los momentos en que pueda hablarle a solas, penetra hasta su cama, cuando su madre ha salido por la mañana, y se propone hablarle de la ventajosa propuesta del matrimonio; ella da cuenta a su padre espiritual, toma cartas en el asunto

su querida madre, queda de pronto ahuyentada la tentación y ella vence a la misma terquedad.

No siempre viene una prueba aislada; se hace más fuerte al repetirse, y eso para a María Teresa. Otro caballero de la alta sociedad, mucho más insinuante que el primero, que cultiva finas y estrechas relaciones con su familia, que no falta en la casa, llega a proponerle un matrimonio por más de un concepto ventajoso. Esta vez Teresa vacila, se siente inclinada a tomar ese peligroso estado, hasta surgen en su alma razones y motivos que le parecen buenos, cree que podrá ser agradable a Dios, que podrá formar una familia que será par a su mayor gloria, casi se aficiona al pretendiente y está a punto de inclinarse su voluntad; pero una luz superior la ilumina la hacer ver las inefables delicias de su esposo celestial, al que ha consagrado todo su ser, y con valor incomprendible, despide, aleja de sí al que le brinda un mundo de ilusiones. Como las llamas que se alientan y encienden entre abrojos y espinas, así el amor divino se aliente, aviva y engrandece entre las duras pruebas que el Señor le envía, cuando el alma corresponde con generosa resolución.

Acaba María Teresa de verse cercada de terribles pruebas, pero tiene suficiente fuerza su corazón para vencerla, levantarse a su Dios y dirigirse a el agradecida, diciéndole con toda la efusión de su alma. ¡Ah, Señor! Habéis permitido que la dura prueba llegue a mí; pero nunca he sido más vuestra que en esta hora: porque de veras os amo. Desde pequeñita llenáis mi alma de amargura, pero os amo! Queréis que vuestra hija tenga que contrariarse en sus más puras intenciones, pero os amo! Habéis permitido que el demonio se acerque a mi; pero os amo! Me habéis mandado una lenta y penosa enfermedad, que hace palidecer mi semblante; pero os amo! Veía correr constantemente mis lágrimas, estas lágrimas de que se burla el mundo y os amo! Me probáis

15 años
20

Señor de un modo admirable, pero que importa, si con vuestra gracia, os amo.
Os amo! Os amo!

¡Qué inmolación tan completa! ¡Qué amor tan tierno! ¡Qué homenaje tan respetuoso y absoluto! Bien mereció Teresa que el Señor le hiciese sentir después de la prueba sus más tiernas expresiones. "Mi reino esta bien constituido en tu alma, veo que me amas, más que todo lo que hay en el mundo, y que yo por mis adorables perfecciones soy el único rey y dueño de tu corazón, gózate, pues, que yo solo reinaré e él para siempre.

Capítulo 5

Consuelos y resolución.

Después de las terribles pruebas y desolaciones a que, por largo tiempo se había visto sometida la tímida y recogida María Teresa, sucede un cambio inesperado de inefable, tiernísimos consuelos. Como quiera que el claro día sucede a la noche tempestuosa y no dura siempre la tormenta por mas desecha y espantosa que se presente, pues todo, todo en la vida pasa, pasa también para nuestra amabilísima niña una de las épocas más penosas de su vida; y a los rudos combates, y a los aprietos y conflictos a que se había visto seducida, suceden no pocos días de paz de consuelo de indecibles ternuras y cariños que su Dios la prodiga.

Despojada de todo afecto a las criaturas, purificada tantas veces, como el oro en el crisol del amor bien probado a su Dios, en el solo confía, a él se une más y más, en él pone sus más sólidas esperanzas. Por eso, en la oración, en la soledad, en la lectura, en todas las prácticas y ejercicios que emprende, halla

que el acercarse al que es principio de todo bien y de toda virtud, no puede ser sino divina influencia, que todo lo engrandece, hermosea y perfecciona.

Así que, apenas de regreso a la Capital redobla la exactitud en las prácticas piadosas y en los encendidos ardores de su amor. Memorable fue siempre para ella, y nunca se apartó de su alma el recuerdo del venturoso día 2 de Agosto de 1801 en que practicando en nuestra Santa Iglesia Catedral, la novena en honor del glorioso patriarca Santo Domingo de Guzmán, recogida y abismada delante del altar de Ntra. Sra. del Socorro, oyó de improviso una voz clara, que le dijo: religiosa te quiere Dios. Desde ese instante venturoso se desvanecieron sus dudas y temores y queda firmemente resuelta a seguir el estado de religiosa, al que por otra parte se sentía atraída por una inclinación natural, y así ya no pensó desde aquel momento en otra cosa más, que en secundar la dulce voz que la llamaba, fuera abrazarse con la cruz de Jesucristo, para cumplir los grandes deseos de padecer por su amor, de morir así misma y a todas las criaturas y vivir única y exclusivamente para Dios. Todo era para ella gozo, paz, alegría, ideando con ansia los medio de realizar sus más sagradas resoluciones.

b) 17 años

Eran verdaderamente deliciosos los días que pasaba María Teresa a los diecisiete años de su edad: poseída del pensamiento y resolución de ser religiosa, ya no pensaba en otra cosa; sus mejores y más suaves entretenimientos eran considerarse en el Convento. Si oía a tocar a maitines en la media noche, saltaba su corazón de gozo, considerando que algún día le permitiría el Señor estar en compañía de los ángeles y de las religiosas para bendecirla a esas horas con sus divinos alabanzas; si oía hablar de los claustros y de las rejas, ya se figuraba en aquel delicioso encierro; si leía las reglas, le parecían pocos los sacrificios y penitencias prescritas. Se probaba ella misma

su alma un descanso, un verdadero recreo, si bien no atina de pronto a saber de donde procede.

Un viaje improvisado a Escuintla la proporciona allá la feliz oportunidad de comunicar espiritualmente con el R. P. Fr. Anselmo Ortiz la situación de su alma. Hace con él una sincera y humilde confesión en que, según ella misma refiere después, la expone las pasadas fluctuaciones y amarguras a que se ha visto sujeta, los nobles deseos que la animan para entregarse sin reserva alguna a su Dios. Recibe de aquel venerable sacerdote los más sabios consejos, oye atenta abismada, de los labios de aquel venerable sacerdote; que el divino esposo la ha elegido desde toda la eternidad, que son beneficios singulares de su divina Majestad los desengaños que ha pasado, y que su alma, a no dudarlo, rodeada de extraordinarios beneficios desde la niñez ~~era~~ ~~especialmente~~ claramente se ve es privilegiada; que no deje de caminar siempre en la presencia de Dios.

Cuanto animaron y recogieron su espíritu con suaves y conmovedoras palabras, ella misma lo dice al referir, que desde entonces se sintió como llena de una santa libertad a comulgar todos los días y a desear, con nuevas ansias sepultarse en la Religión. Hallaba un consuelo extraordinario en la soledad y retiro de las criaturas. Alegre contenta a todas horas por la suave y deliciosa presencia divina que la alentaba y fortalecía. Desde entonces no un momento estuvo sola, y cuando se le ocultaba un tantito su celestial Esposo, sentía que los ángeles la rodeaban, que la acompañaban y seguían por todas partes.

Con tanta notable y sensible gracia, María Teresa en poco tiempo, avanzó admirablemente en los deliciosos caminos de la virtud y perfección como quiera

1806?

con el ayuno riguroso, con levantarse a media noche, con dormir en las duras tablas; lavaba ella misma la ropa, barría y fregaba los suelos de su casa y todo le parecía lo más delicioso por el gran contento y fortaleza que comunicaba a su espíritu el celestial Esposo.

Una resolución tan generosa, auxiliada de gracias tan singulares, ~~no podía menos que~~, acompañada de los más suaves y positivos consuelos, era preciso ponerla en práctica con todo valor, y a eso se encaminan todos los cuidados y solicitudes de Teresa, hasta lograr que para ella amaneciese el día más feliz, el de su ingreso en los claustros de algún convento de Religiosas.

Capítulo 6

Toma el hábito

1807

No siempre puede una resolución, por firme y querida que sea, llevarse en poco tiempo a cabo; y eso precisamente pasa a Teresa, seguramente para que su sacrificio sea más cabal y completo, más agradable a su Dios. Lo cierto es que si su resolución data de los diecisiete años de edad, no deja de llamar la atención que no haya podido realizarla sino después de transcurridos cinco años, que bien podemos llamar de tiernísimos, indescriptibles fervores y adelantos en la vida espiritual.

Sería no terminar si pretendiéramos ocuparnos de todos los pormenores ocurridos durante ese lustro brillante de la preciosa vida que referimos